## La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | J | | | | | | |
| | | | 3 | | | | |
| | | | | | | | |
| | | L | 3 | | K | | |
| | 1 | | | | | | |
| | | | M | | | | |
| | | | | | | N | |
| | | | | | | | |

**SOLUCION**

J=Caballo; K=Alfil; L=Rey; M=Torre; N=Dama.

## Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

| | | | | B | R |
|---|---|---|---|---|---|
| | | | | 4 | 0 |
| 3 | 2 | 9 | 1 | 1 | 1 |
| 4 | 5 | 0 | 6 | 0 | 1 |
| 7 | 2 | 0 | 3 | 0 | 1 |
| 8 | 5 | 7 | 9 | 1 | 0 |
| 2 | 9 | 3 | 7 | 1 | 0 |
| 6 | 4 | 2 | 0 | 1 | 0 |

**SOLUCION** 8431.

# Verano/12



# OLEAJE

*(Por Laura Rozenberg)* Ha discado tres veces el número y las tres veces ha cortado cuando levantaban el receptor. Después ha dado vueltas por la cocina. Ha hurgado en la heladera y ha bebido toda el agua de la jarra. Es domingo, es una mañana de domingo con sol. Ha vuelto a la habitación y se ha metido en la cama, con las sábanas hasta la cabeza. Aun así hay luz, demasiada luz filtrándose por la persiana baja. Piensa qué hará durante el día. El se ha ido. Por momentos imagina ser la dama del trapecio, pero en el aire el tiempo cruje y la convierte en nuez, una pequeña nuez oscura en medio de la cama. Debajo de las sábanas juega a desdoblar el cuerpo de sus pensamientos. Duerme profundamente. Pero sus ojos están dilatados de terror. Aun si soñara que alguien la persigue no podría correr.

Algo se aproxima. Siente la tersura de una piel que la acaricia. Nada comparable a la vigilia. Algo que roza con la presión justa, que se desliza hacia abajo como una pluma y se vuelve a separar del cuerpo. Abre la boca en un grito crispado. Un aleteo imperceptible y poderoso permanece suspendido sobre sus muslos y desde esa distancia mínima, aun sin penetrar, desencadena la tormenta acompasada. El grito se traslumbra. Los músculos se inflaman y palpitan en el cuerpo inmóvil. Quiere acompañar el gesto pero su mano no le obedece. Aguarda. El oleaje cede, aunque la calma es propicia para las réplicas, que acuden y desaparecen como el murmullo del viento en la hojarasca. Permanece quieta, sin pestañear. Hace un esfuerzo por quitarse de la cara los cabellos empapados. A través de las sábanas ha vuelto a percibir la claridad del cuarto. Han sonado timbres, los ha estado escuchando con atención. Ha tenido hambre y sed. Ha sentido cierta aspereza en los pies y se ha levantado.

# CARTAS A

### (PRIMERA

Entre las obras publicadas por Pacho O'Donnell se
portero" y "Doña Leonor, los rusos y los yanquis". "C
presenta en d

*Por Pacho O'Donnell*

Qué carajos hago aquí? Hacía mucho que el Negro se preguntaba eso, todas las mañanas al despertarse. ¡Tantos años! Se lo preguntaba también caminando por Bravo Murillo o por María de Molina, bajando al metro alfombrado de gargajos, saludando a doña Engracia menos por afecto que para evitar su disgusto fácil, pasando las horas detrás del mostrador de don Leopoldo con inmenso aburrimiento. Al principio, los primeros dos o tres años, compraba el *Clarín* para seguir las noticias de allá, pero después, poco a poco, casi sin darse cuenta, dejó de hacerlo. Nunca le gustó eso de enterarse de lo que sucedía una semana más tarde. También fue recibiendo cada vez menos cartas y entonces quedó en el medio de la calle, ni español ni argentino, a merced de quien lo quisiese atropellar.

—Lo peor de todo, Negro, lo peor es darte cuenta de todo lo que te perdiste por irte —se lo había dicho Martelotti, quien a la semana de haber regresado embarcó de vuelta a España sus valijas y sus bultos, sin abrirlos, dándose cuenta de que le iba a ser imposible quedarse en una tierra que no lo había olvidado pero que no lo necesitaba. O, peor aun, donde sobraba, donde estaba de más—. Y entonces tampoco quise perder lo poco que tengo aquí.

—Mi cuñado era un muerto de hambre, laburaba de portero en Ramos Mejía —había continuado Martelotti, acodado en el mostrador de La Estrella de Oro, donde solían encontrarse—. Con Videla o con Martínez de Hoz se forró, hoy es millonario; multimillonario, una fortuna que vaya a saber cómo la hizo —pinchó dos aceitunas esquivas en silencio, desasosegado, rabioso—. Pero por derecha no la hizo —dio un largo trago a su cerveza, recomponiéndose—. Y eso no se puée aguantá —agregó, jocosamente, exorcizando su sombrío estado de ánimo.

—¿Qué seríamos hoy allá si no hubiéramos tenido que irnos? —se preguntaba el Negro.

El seguramente sería abogado. Tenía ya rendidas varias materias cuando se marchó y aunque nunca fue un estudiante apasionado, sabía que lo suyo era suficiente, más tarde que temprano, para llegar al final de la carrera y graduarse. Hoy tendría, con un socio bien elegido, un estudio decorado en estilo inglés y quizás le hubiese caído algún asunto gordo y a lo mejor estaría ganando mucho dinero. O no, a lo mejor estaría peor que en España, aplastado por una Argentina que condenaba a la inmensa mayoría de sus habitantes a la miseria económica. O a lo mejor estaría muerto, desaparecido, destrozado sobre una mesa de torturas.

Nunca había estado metido en la guerrilla. Había sostenido larguísimas discusiones con Guillermo, Mariano y los demás, empezaban a la noche y al clarear todavía continuaban trenzados, los ceniceros rebosantes de puchos y las tacitas de café regadas sobre la mesa. Eso era lo que lo había perdido, que a pesar de que varios de sus amigos agarraron los "fierros" él había seguido encontrándose con ellos, a veces dándoles el ánimo que les flaqueaba y otras tratando de convencerlos de que estaban equivocados, en una intimidad que le había hecho conocer claves y secretos. Además nunca negó su casa ni una cama a aquellos que acudían a él en situaciones comprometidas, por ejemplo después de alguna acción o cuando, como en el caso de Guillermo, su célula había sido traicionada y ya no le servían los "aguantaderos" que tenían fijados y que se habían transformado en ratoneras mortales. También hizo de control telefónico recibiendo las llamadas de sus amigos en la clandestinidad, pasando lista y confirmando que no había novedad. Es decir que aún sobrevivían.

Fue la caída de Guillermo la que finalmente lo arrancó de raíz. Esperó su llamado hasta avanzada la noche, casi hasta la madrugada, y por fin se convenció de que era inútil seguir aguardando. Lo habían "chupado", sin duda. Dio la alarma a los demás y se fue.

—Si no vuelvo, tenés tres horas para rajar. Sé que soy capaz de aguantar tres horas. No respondo por más tiempo.

Varios años después se había enterado de lo sucedido. Leyendo el *Nunca más*. Guillermo se le apareció en muchos sueños, abierto en canal con una bayoneta, los intestinos afuera, implorando que lo matasen.

"Querida vieja", escribió el Negro, "es tarde, estoy muy cansado pero le escribo igual porque quiero darle buenas noticias. Hoy, al llegar de Munich", borró Munich y puso Viena, "el consejero delegado de mi empresa me llamó a su despacho y me felicitó por mi desempeño. Finalmente me anunció que a partir del mes próximo pasaré a ser director legal, con un sueldo 20 o 30% superior al actual".

No había revalidado sus estudios de Derecho para continuar la carrera en Madrid. Fue varias veces a la Complutense y otras tantas a la Autónoma, pidió formularios que se acumularon en su pieza e interrogó concienzudamente a empleados que terminaban impacientándose. Pero el Negro nunca retomó estudios porque le resultaba imposible, angustiante, plantearse planes a más de uno o dos años. Es que su inamovible decisión siempre fue la de regresar.

—En cuanto pueda, todas las noches en Los Inmortales, una fugazzeta con tintillo —repetía, convencido, frotándose las manos, sus ojos brillantes de ilusión.

Pero ese momento nunca había llegado y, empezaba a sospechar, jamás llegaría. A Videla lo habían sucedido Viola y Galtieri, después Alfonsín y Menem, pero las circunstancias nunca habían convencido al Negro de volver. Pero nada tampoco lo convencía de quedarse en España. De decidir conscientemente quedarse, porque lo cierto es que había ido quedándose en una Madrid que no lo enamoraba, a la que trataba con indiferencia y que le pagaba con la misma moneda. Esa era la enfermedad de casi todos los argentinos que con mayor o menor razón se habían escapado de la violencia de los sesenta: estaban pero sin la decisión de estar, lo que les impedía hacer planes a largo plazo y fijarse con fuerza a su nuevo escenario, condenados a una marginalidad mediocre en la que muchos de ellos encontraban una forma de subsistencia: el dentista argentino que les sacaba muelas a los argentinos, el plomero argentino (o el fontanero, como se decía en Madrid) que les cambiaba el cuerito a los argentinos. Recreaban una Argentina que se había quedado paralizada cuando cayó Cámpora o cuando Isabel voló en helicóptero hacia su prisión. Seguían tomando partido por una u otra facción de los montoneros o cultivaban su odio por algunos jefes militares sin enterarse de que ya habían muerto.

—¿Viste esos que se tiran en el Tigre a cruzar el río y cuando llegan a la orilla opuesta, agotados, se dan cuenta de que no tienen fuerzas para cruzarlo otra vez, de regreso? Esos somos nosotros...

¿Qué carajos hago aquí?, se preguntaba incesantemente el Negro, y también les hacía esas mismas preguntas a cuantos compatriotas encontraba.

—¿Yo? —respondió Milena, una cordobesa que hacía empanadas salteñas en La Estrella de Oro, donde también vendían dulce de leche y yerba mate y que era, claro, uno de los lugares de reunión de la colectividad argentina—. Yo sobrevivo, ¿qué querés que haga? Me casé con un español, tengo resuelto el problema de los papeles y me nacieron dos hijos, dos galleguitos —Milena terminó de envolver las empanadas con un nudo hecho habilidosamente con la yema de sus dedos y luego tiró del piolín hasta cortarlo—. Pero no te creas que estoy contenta, extraño mucho —Milena se había salvado a duras penas, la fueron a buscar la mañana siguiente de haber escapado—. Sabés qué pasa, Negro, ninguno de nosotros quería irse, nos fuimos porque nos echaron, y cuando te vas sin que lo desees, estás condenado a no poder arraigarte —ahora apretaba las teclas de la registradora y contaba el vuelto—. Es distinto cuando venís porque querés, por ejemplo porque querés hacer guita, entonces elegís venir. En cambio nosotros, Negro, estamos condenados a escuchar obsesivamente a un Gardel que allá casi no escuchábamos y a festejar los goles de Maradona en los mundiales aunque el fútbol no nos interese.



# CARTAS A MAMA

## (PRIMERA PARTE)

**Entre las obras publicadas por Pacho O'Donnell se destacan "Copsi", "La seducción de la hija del portero" y "Doña Leonor, los rusos y los yanquis". "Cartas a mamá" es un relato inédito que Verano/12 presenta en dos partes.**

***Por Pacho O'Donnell***

Qué carajos hago aquí? Hacía mucho que el Negro se preguntaba eso, todas las mañanas al despertarse. ¡Tantos años! Se lo preguntaba también caminando por Bravo Murillo o por María de Molina, bajando al metro alfombrado de gargajos, saludando a doña Engracia menos por afecto que para evitar su disgusto fácil, pasando las horas detrás del mostrador de don Leopoldo con inmenso aburrimiento. Al principio, los primeros dos o tres años, compraba el *Clarín* para seguir las noticias de allá, pero después, poco a poco, casi sin darse cuenta, dejó de hacerlo. Nunca le gustó eso de enterarse de lo que sucedía una semana más tarde. También fue recibiendo cada vez menos cartas y entonces quedó en el medio de la calle, ni español ni argentino, a merced de quien lo quisiese atropellar.

—Lo peor de todo, Negro, lo peor es darte cuenta de todo lo que te perdiste por irte —se lo había dicho Martelotti, quien a la semana de haber regresado embarcó de vuelta a España sus valijas y sus bultos, sin abrirlos, dándose cuenta de que le iba a ser imposible quedarse en una tierra que no lo había olvidado pero que no lo necesitaba. O, peor aun, donde sobraba, donde estaba de más—. Y entonces tampoco quise perder lo poco que tengo aquí.

—Mi cuñado era un muerto de hambre, laburaba de portero en Ramos Mejía —había continuado Martelotti, acodado en el mostrador de La Estrella de Oro, donde solían encontrarse—. Con Videla o con Martínez de Hoz se forró, hoy es millonario; multimillonario, una fortuna que vaya a saber cómo la hizo —pinchó dos aceitunas esquivas en silencio, desasosegado, rabioso—. Pero por derecha no la hizo —dio un largo trago a su cerveza, recomponiéndose—. Y eso no se puée aguantá —agregó, jocosamente, exorcizando su sombrío estado de ánimo.

—¿Qué seríamos hoy allá si no hubiéramos tenido que irnos? —se preguntaba el Negro.

El seguramente sería abogado. Tenía ya rendidas varias materias cuando se marchó y aunque nunca fue un estudiante apasionado, sabía que lo suyo era suficiente, más tarde que temprano, para llegar al final de la carrera y graduarse. Hoy tendría, con un socio bien elegido, un estudio decorado en estilo inglés y quizás le hubiese caído algún asunto gordo y a lo mejor estaría ganando mucho dinero. O no, a lo mejor estaría peor que en España, aplastado por una Argentina que condenaba a la inmensa mayoría de sus habitantes a la miseria económica. O a lo mejor estaría muerto, desaparecido, destrozado sobre una mesa de torturas.

Nunca había estado metido en la guerrilla. Había sostenido larguísimas discusiones con Guillermo, Mariano y los demás, empezaban a la noche y al clarear todavía continuaban trenzados, los ceniceros rebosantes de puchos y las tacitas de café regadas sobre la mesa. Eso era lo que lo había perdido, que a pesar de que varios de sus amigos agarraron los "fierros" él había seguido encontrándose con ellos, a veces dándoles el ánimo que les flaqueaba y otras tratando de convencerlos de que estaban equivocados, en una intimidad que le había hecho conocer claves y secretos. Además nunca negó su casa ni una cama a aquellos que acudían a él en situaciones comprometidas, por ejemplo después de alguna acción o cuando, como en el caso de Guillermo, su célula había sido traicionada y ya no le servían los "aguantaderos" que tenían fijados y que se habían transformado en ratoneras mortales. También hizo de control telefónico recibiendo las llamadas de sus amigos en la clandestinidad, pasando lista y confirmando que no había novedad. Es decir que aún sobrevivían.

Fue la caída de Guillermo la que finalmente lo arrancó de raíz. Esperó su llamado hasta avanzada la noche, casi hasta la madrugada, y por fin se convenció de que era inútil seguir aguardando. Lo habían "chupado", sin duda. Dio la alarma a los demás y se fue.

—Si no vuelvo, tenés tres horas para rajar. Sé que soy capaz de aguantar tres horas. No respondo por más tiempo.

Varios años después se había enterado de lo sucedido. Leyendo el *Nunca más*. Guillermo se le apareció en muchos sueños, abierto en canal con una bayoneta, los intestinos afuera, implorando que lo matasen.

"Querida vieja", escribió el Negro, "es tarde, estoy muy cansado pero le escribo igual porque quiero darle buenas noticias. Hoy, al llegar de Munich", borró Munich y puso Viena, "el consejero delegado de mi empresa me llamó a su despacho y me felicitó por mi desempeño. Finalmente me anunció que a partir del mes próximo pasaré a ser director legal, con un sueldo 20 o 30% superior al actual".

No había revalidado sus estudios de Derecho para continuar la carrera en Madrid. Fue varias veces a la Complutense y otras tantas a la Autónoma, pidió formularios que se acumularon en su pieza e interrogó concienzudamente a empleados que terminaban impacientándose. Pero el Negro nunca retomó estudios porque le resultaba imposible, angustiante, plantearse planes a más de uno o dos años. Es que su inamovible decisión siempre fue la de regresar.

—En cuanto pueda, todas las noches en Los Inmortales, una fugazzeta con tintillo —repetía, convencido, frotándose las manos, sus ojos brillantes de ilusión.

Pero ese momento nunca había llegado y, empezaba a sospechar, jamás llegaría. A Videla lo habían sucedido Viola y Galtieri, después Alfonsín y Menem, pero las circunstancias nunca habían convencido al Negro de volver. Pero nada tampoco lo convencía de quedarse en España. De decidir conscientemente quedarse, porque lo cierto es que había ido quedándose en una Madrid que no lo enamoraba, a la que trataba con indiferencia y que le pagaba con la misma moneda. Esa era la enfermedad de casi todos los argentinos que con mayor o menor razón se habían escapado de la violencia de los sesenta: estaban pero sin la decisión de estar, lo que les impedía hacer planes a largo plazo y fijarse con fuerza a su nuevo escenario, condenados a una marginalidad mediocre en la que muchos de ellos encontraban una forma de subsistencia: el dentista argentino que les sacaba muelas a los argentinos, el plomero argentino (o el fontanero, como se decía en Madrid) que les cambiaba el cuerito a los argentinos. Recreaban una Argentina que se había quedado paralizada cuando cayó Cámpora o cuando Isabel voló en helicóptero hacia su prisión. Seguían tomando partido por una u otra facción de los montoneros o cultivaban su odio por algunos jefes militares sin enterarse de que ya habían muerto.

—¿Viste esos que se tiran en el Tigre a cruzar el río y cuando llegan a la orilla opuesta, agotados, se dan cuenta de que no tienen fuerzas para cruzarlo otra vez, de regreso? Esos somos nosotros...

¿Qué carajos hago aquí?, se preguntaba incesantemente el Negro, y también les hacía esas mismas preguntas a cuantos compatriotas encontraba.

—¿Yo? —respondió Milena, una cordobesa que hacía empanadas salteñas en La Estrella de Oro, donde también vendían dulce de leche y yerba mate y que era, claro, uno de los lugares de reunión de la colectividad argentina—. Yo sobrevivo, ¿qué querés que haga? Me casé con un español, tengo resuelto el problema de los papeles y me nacieron dos hijos, dos galleguitos —Milena terminó de envolver las empanadas con un nudo hecho habilidosamente con la yema de sus dedos y luego tiró del piolín hasta cortarlo—. Pero no te creas que estoy contenta, extraño mucho —Milena se había salvado a duras penas, la fueron a buscar la mañana siguiente de haber escapado—. Sabés qué pasa, Negro, ninguno de nosotros quería irse, nos fuimos porque nos echaron, y cuando te vas sin que lo desees, estás condenado a no poder arraigarte —ahora apretaba las teclas de la registradora y contaba el vuelto—. Es distinto cuando venís porque querés, por ejemplo porque querés hacer guita, entonces elegís venir. En cambio nosotros, Negro, estamos condenados a escuchar obsesivamente a un Gardel que allá casi no escuchábamos y a festejar los goles de Maradona en los mundiales aunque el fútbol no nos interese.




—También nosotros somos desaparecidos. Desaparecidos sin Madres de Plaza de Mayo. Casi personas —afirmó el Negro, apurando el último sorbo del Suter tinto que le había convidado la Negra—. ¿Te queda vino, todavía?

—Pedí otro embarque, vamos a ver si llega.

—El vino argentino siempre fue mejor que el francés y el riojano —exageró el Negro, patriótico.

Caminó despaciosamente hasta la tienda, calculando el tiempo justo para entrar sin retraso y sin adelanto.

—Qué hay —dijo don Leopoldo, quitándose el saco.

—Los españoles dicen "chaqueta" y nosotros "saco", que en España quiere decir "bolsa" —le había escuchado decir a Sabato en una conferencia en el Ateneo de Madrid. Tampoco se perdía las esporádicas presentaciones de Julio Boca o de Les Luthiers—. Lo de "saco" debe de tener su origen en que los nativos de nuestras tierras americanas se abrigaban con "bolsas" o "sacos" a los que les abrían dos agujeros para pasar los brazos.

El Negro había seguido diciendo "saco", así como también "ómnibus" o "subte", en vez de "bus" o "metro". Tampoco podía decir "coger" o "vosotros sabéis".

—No es por necio ni por terco. Es porque me da vergüenza, pienso que se van a enojar porque pensarán que los estoy cargando. además mi abuela, que era calabresa, jamás aprendió a hablar el argentino. Y tampoco le importaba.

Su abuela después de varios años en Argentina tampoco hablaba como en Calabria, sino un cocoliche que mezclaba y deformaba términos de ambas lenguas. También el Negro, sin darse cuenta, iba cocolichizando su argentino. "Vos vienes", "ustedes tendréis" y también había terminado contagiándose del "vale" obsesivo.

—Nuestra patria es la lengua —pontificó Ramonet, que había sido un promisorio dramaturgo con tres obras bastante bien estrenadas en Capital Federal, dos de ellas en el Payró, peró a quien los años de alejamiento lo habían cubierto de olvido. En España también había estrenado pero los críticos siempre lo catalogaban de "autor extranjero" y nunca recordaban que no era su primera obra y tampoco lo incluían nunca en ningún balance.

—Como a Pedro López Lagar —comparaba—, que a pesar de ser un buen actor, que todos se lo reconocían, y de los años que vivió en Argentina nunca lo consideramos nuestro. Y tampoco los españoles porque no trabajó lo suficiente entre ellos como para ser tenido en cuenta. Se murió y fue como uno de esos cadáveres que nadie reclama y que terminan pudriéndose en la morgue. No era de aquí ni de allá, se murió en el medio de la calle y los coches le pasaron por encima.

—Igual que Pepe Iglesias —aducía el Negro—. Nadie tuvo tanto éxito en España ni en Argentina. Y ahí está, olvidado por los dos.

—¿Quién está primera? —preguntó, acostumbrado a que don Leopoldo no le respondiera el saludo.

—Yo —respondió una gorda que de vez en cuando venía a la tienda de ultramarinos. La típica clienta que hacía la compra grande en un supermercado y que bajaba a la tienda a comprar aquello que se le había terminado o que se había olvidado de meter en el carrito—. Un litro de aceite y doscientos gramos de salchichón.

—Necesito trabajo —le había dicho a don Leopoldo, hacía tantos años, una semana después de haber llegado y cuando ya se había gastado los escasos ahorros que había traído y que habían sobrevivido a la "timba" en el "Río Jáchal"—. Soy exiliado argentino, me persiguió Videla.

Se arriesgó y le salió bien porque don Leopoldo había sido capitán en el ejército republicano y había pasado cinco años preso picando piedras en el Valle de los Caídos, condenado a perpetua. Que le hubiesen conmutado la pena con la firma del mismísimo Franco, no había disminuido su odio hacia el Caudillo.

—Mira, ese fue un gran gilipollas. Pero mucho más gilipollas fueron los comunistas.

En algunas de las escasas veces, a lo largo de tantos años, en que don Leopoldo y el Negro habían conversado de otra cosa que no fuese que faltaba queso gruyère o de que había aumentado el precio de las galletas, el dueño de la tienda le contó que él era anarquista y que los comunistas por orden de Stalin se habían cargado a todos los anarquistas que pudieron, hasta a Nin se lo habían cargado, y que por eso se perdió la guerra, porque la clase obrera era mayoritariamente anarquista.

—Te puedo asegurar que Stalin se había puesto de acuerdo con Hitler. Stalin lo que quería era el permiso de Hitler para invadir Polonia y quedarse con una parte de su territorio. Hitler lo que deseaba era contar con España como otro país integrante del Eje y que además le garantizase una salida al Mediterráneo sin tener que depender de los humores del loco de Mussolini— cuando tocaba estos temas a don Leopoldo se le inflaba una vena en la frente y se ponía tan rojo que parecía que le iba a dar un soponcio—. Después Franco fue tan hijoputa que hasta a Hitler traicionó y se negó a ayudarlo.

—Antes prefiero sacarme tres muelas sin anestesia que volver a repetir una entrevista como esa —había dicho el Führer al comentar su encuentro con el generalísimo gallego en Hendaya. El Negro lo había leído en una revista, en los inicios cuando puso interés y esfuerzo en conocer las costumbres, la historia y la geografía del país al que las olas de su naufragio lo habían arrojado. Pudo entonces tener opiniones sobre Felipe II y el coto de Doñana. Pero su curiosidad fue de corta duración.

—Ahora vienen las fiestas y mi esposa no podrá ayudarme en la venta, que siempre aumenta, porque pronto tendrá un niño.

—Felicitaciones —murmuró el Negro pero don Leopoldo, ya algo sordo por entonces, no había escuchado su amabilidad.

—Te pondré a prueba algunos días y después de Reyes te marcharás. Además lo que te pagaré no figurará en ningún lado y tampoco te corresponderá jubilación ni asistencia médica.

—Muchas gracias —balbuceó el Negro, feliz porque después de tanto tiempo algunos rayos de sol se filtraban a través de las nubes—. Muchas gracias —repitió.

Desde entonces no se había movido de atrás de ese mostrador, donde ganaba lo suficiente para pagarse el cuarto en lo de doña Engracia y para subsistir sin holganzas pero tampoco con excesivas estrecheces. Tampoco salió nunca de su situación de trabajador clandestino sin cobertura social, así como tampoco jamás logró el permiso de residencia, lo que lo obligaba a extremar sus cuidados en no transgredir, en portarse obsesivamente bien para que nadie le pidiese documentos, hasta transformarse en silencioso, casi furtivo.

"Anoche fuimos con Almudena a una fiesta en lo de los condes de Tamaró, una pareja muy agradable de la que nos hicimos amigos el verano pasado en Mallorca. El presidente del Banesto, uno de los banqueros más importantes, Mario Conde, me llevó a un aparte y me comentó que iban a iniciar inversiones en Argentina y me comentó que habían pensado en mí. Yo no quise comprometerme porque tú sabes, madre, que en Michelsen and Jones estoy bien y me consideran mucho. Pero tampoco le cerré el camino hasta no saber qué se trae entre manos. Quedamos en almorzar juntos y luego te contaré."

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cuándo se vuelve a su país? —le había preguntado, a boca de jarro, doña Engracia.

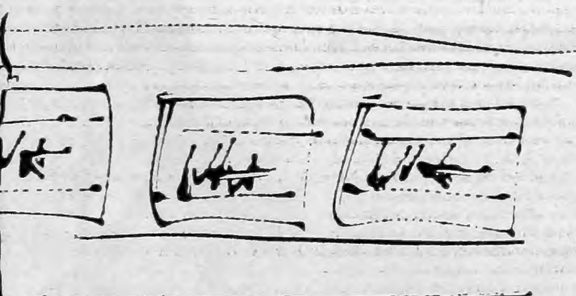
El Negro se quedó mirándola espantado, inmóvil, disimulando su turbación. Una cosa era que esa pregunta se la formulase él mismo y otra que se la dirigiesen desde afuera. Y encima en ese tono, que si bien no era agresivo, denunciaba el deseo de doña Engracia de cambiar de inquilino. No porque el Negro fuese barullero, o porque no pagase, sino porque era, lisa y llanamente, muy aburrido. Parecía siempre desinteresado de lo que sucedía a su alrededor, casi no hablaba, no estaba al tanto de los chismes de la farándula ni de los más recientes asesinatos o violaciones. Era imposible sostener una conversación interesante con él.

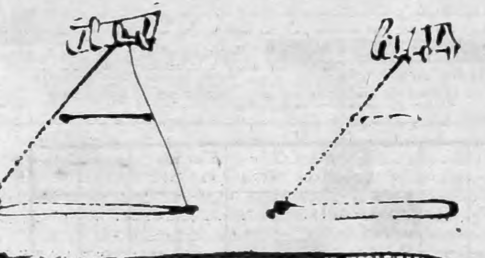
—Los milicos no están más —siguió doña Engracia, con lógica irrefutable—. Ahora subió Alfonsín y hay democracia.

# MAMA

## (ARTE)

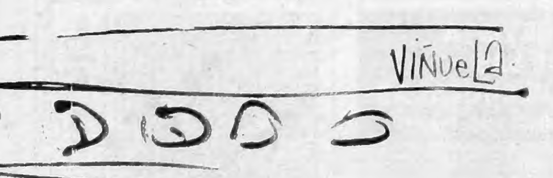
estacan "Copsi", "La seducción de la hija del
tas a mamá" es un relato inédito que **Verano/12**
partes.












—También nosotros somos desaparecidos. Desaparecidos sin Madres de Plaza de Mayo. Casi personas —afirmó el Negro, apurando el último sorbo del Suter tinto que le había convidado la Negra—. ¿Te queda vino, todavía?

—Pedí otro embarque, vamos a ver si llega.

—El vino argentino siempre fue mejor que el francés y el riojano —exageró el Negro, patriótico.

Caminó despaciosamente hasta la tienda, calculando el tiempo justo para entrar sin retraso y sin adelanto.

—Qué hay —dijo don Leopoldo, quitándose el saco.

—Los españoles dicen "chaqueta" y nosotros "saco", que en España quiere decir "bolsa" —le había escuchado decir a Sabato en una conferencia en el Ateneo de Madrid. Tampoco se perdía las esporádicas presentaciones de Julio Boca o de Les Luthiers—. Lo de "saco" debe de tener su origen en que los nativos de nuestras tierras americanas se abrigaban con "bolsas" o "sacos" a los que les abrían dos agujeros para pasar los brazos.

El Negro había seguido diciendo "saco", así como también "ómnibus" o "subte", en vez de "bus" o "metro". Tampoco podía decir "coger" o "vosotros sabéis".

—No es por necio ni por terco. Es porque me da vergüenza, pienso que se van a enojar porque pensarán que los estoy cargando. además mi abuela, que era calabresa, jamás aprendió a hablar el argentino. Y tampoco le importaba.

Su abuela después de varios años en Argentina tampoco hablaba como en Calabria, sino un cocoliche que mezclaba y deformaba términos de ambas lenguas. También el Negro, sin darse cuenta, iba cocolichizando su argentino. "Vos vienes", "ustedes tendréis" y también había terminado contagiándose del "vale" obsesivo.

—Nuestra patria es la lengua —pontificó Ramonet, que había sido un promisorio dramaturgo con tres obras bastante bien estrenadas en Capital Federal, dos de ellas en el Payró, pero a quien los años de alejamiento lo habían cubierto de olvido. En España también había estrenado pero los críticos siempre lo catalogaban de "autor extranjero" y nunca recordaban que no era su primera obra y tampoco lo incluían nunca en ningún balance.

—Como a Pedro López Lagar —comparaba—, que a pesar de ser un buen actor, que todos se lo reconocían, y de los años que vivió en Argentina nunca lo consideramos nuestro. Y tampoco los españoles porque no trabajó lo suficiente entre ellos como para ser tenido en cuenta. Se murió y fue como uno de esos cadáveres que nadie reclama y que terminan pudriéndose en la morgue. No era de aquí ni de allá, se murió en el medio de la calle y los coches le pasaron por encima.

—Igual que Pepe Iglesias —aducía el Negro—. Nadie tuvo tanto éxito en España ni en Argentina. Y ahí está, olvidado por los dos.

—¿Quién está primera? —preguntó, acostumbrado a que don Leopoldo no le respondiera el saludo.

—Yo —respondió una gorda que de vez en cuando venía a la tienda de ultramarinos. La típica clienta que hacía la compra grande en un supermercado y que bajaba a la tienda a comprar aquello que se le había terminado o que se había olvidado de meter en el carrito—. Un litro de aceite y doscientos gramos de salchichón.

—Necesito trabajo —le había dicho a don Leopoldo, hacía tantos años, una semana después de haber llegado y cuando ya se había gastado los escasos ahorros que había traído y que habían sobrevivido a la "timba" en el "Río Jáchal"—. Soy exiliado argentino, me persiguió Videla.

Se arriesgó y le salió bien porque don Leopoldo había sido capitán en el ejército republicano y había pasado cinco años preso picando piedras en el Valle de los Caídos, condenado a perpetua. Que le hubiesen conmutado la pena con la firma del mismísimo Franco, no había disminuido su odio hacia el Caudillo.

—Mira, ese fue un gran gilipollas. Pero mucho más gilipollas fueron los comunistas.

En algunas de las escasas veces, a lo largo de tantos años, en que don Leopoldo y el Negro habían conversado de otra cosa que no fuese que faltaba queso gruyère o de que había aumentado el precio de las galletas, el dueño de la tienda le contó que él era anarquista y que los comunistas por orden de Stalin se habían cargado a todos los anarquistas que pudieron, hasta a Nin se lo habían cargado, y que por eso se perdió la guerra, porque la clase obrera era mayoritariamente anarquista.

—Te puedo asegurar que Stalin se había puesto de acuerdo con Hitler. Stalin lo que quería era el permiso de Hitler para invadir Polonia y quedarse con una parte de su territorio. Hitler lo que deseaba era contar con España como otro país integrante del Eje y que además le garantizase una salida al Mediterráneo sin tener que depender de los humores del loco de Mussolini— cuando tocaba estos temas a don Leopoldo se le inflaba una vena en la frente y se ponía tan rojo que parecía que le iba a dar un soponcio—. Después Franco fue tan hijoputa que hasta a Hitler traicionó y se negó a ayudarlo.

—Antes prefiero sacarme tres muelas sin anestesia que volver a repetir una entrevista como esa —había dicho el Führer al comentar su encuentro con el generalísimo gallego en Hendaya. El Negro lo había leído en una revista, en los inicios cuando puso interés y esfuerzo en conocer las costumbres, la historia y la geografía del país al que las olas de su naufragio lo habían arrojado. Pudo entonces tener opiniones sobre Felipe II y el coto de Doñana. Pero su curiosidad fue de corta duración.

—Ahora vienen las fiestas y mi esposa no podrá ayudarme en la venta, que siempre aumenta, porque pronto tendrá un niño.

—Felicitaciones —murmuró el Negro pero don Leopoldo, ya algo sordo por entonces, no había escuchado su amabilidad.

—Te pondré a prueba algunos días y después de Reyes te marcharás. Además lo que te pagaré no figurará en ningún lado y tampoco te corresponderá jubilación ni asistencia médica.

—Muchas gracias —balbuceó el Negro, feliz porque después de tanto tiempo algunos rayos de sol se filtraban a través de las nubes—. Muchas gracias —repitió.

Desde entonces no se había movido de atrás de ese mostrador, donde ganaba lo suficiente para pagarse el cuarto en lo de doña Engracia y para subsistir sin holganzas pero tampoco con excesivas estrecheces. Tampoco salió nunca de su situación de trabajador clandestino sin cobertura social, así como tampoco jamás logró el permiso de residencia, lo que lo obligaba a extremar sus cuidados en no transgredir, en portarse obsesivamente bien para que nadie le pidiese documentos, hasta transformarse en silencioso, casi furtivo.

"Anoche fuimos con Almudena a una fiesta en lo de los condes de Tamaró, una pareja muy agradable de la que nos hicimos amigos el verano pasado en Mallorca. El presidente del Banesto, uno de los banqueros más importantes, Mario Conde, me llevó a un aparte y me comentó que iban a iniciar inversiones en Argentina y me comentó que habían pensado en mí. Yo no quise comprometerme porque tú sabes, madre, que en Michelsen and Jones estoy bien y me consideran mucho. Pero tampoco le cerré el camino hasta no saber qué se trae entre manos. Quedamos en almorzar juntos y luego te contaré."

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cuándo se vuelve a su país? —le había preguntado, a boca de jarro, doña Engracia.

El Negro se quedó mirándola espantado, inmóvil, disimulando su turbación. Una cosa era que esa pregunta se la formulase él mismo y otra que se la dirigiesen desde afuera. Y encima en ese tono, que si bien no era agresivo, denunciaba el deseo de doña Engracia de cambiar de inquilino. No porque el Negro fuese barullero, o porque no pagase, sino porque era, lisa y llanamente, muy aburrido. Parecía siempre desinteresado de lo que sucedía a su alrededor, casi no hablaba, no estaba al tanto de los chismes de la farándula ni de los más recientes asesinatos o violaciones. Era imposible sostener una conversación interesante con él.

—Los milicos no están más —siguió doña Engracia, con lógica irrefutable—. Ahora subió Alfonsín y hay democracia.

## CARLOS PAZ

**Carlos Paz a los premios.** Tal como se viene realizando desde hace catorce años, al finalizar la temporada se entregaron los premios Carlos '91 a los actores y obras que la organización local de periodistas especializados en espectáculos consideró como los más destacados. En los principales rubros los premiados fueron: *Actriz cómica:* Gladys Fiorimonti (por *Camarero cama adentro*); *actriz de comedia:* Cuni Vera *(El último de los amantes ardientes); actor cómico:* Gonzalo Urtizberea *(Matrimonios y algo más); actor de comedia*: Daniel Greco compartido con Edgardo Moreyra *(Huevos y pescado* y *Una noche apasionada).* El premio a la mejor comedia fue para *El último de los amantes ardientes* de Neil Simon y la mejor dirección para Omar Resk por *Huevos y pescados.* En esta edición de los Carlos '91 se entregaron los *Carlos dorado* a "los artistas que por trayectoria, popularidad, talento y reconocimiento del público están ya exentos de una disputa actoral" y los mismos correspondieron a Cristina Alberó, Hugo Arana, Cristina del Valle, Juan Carlos Dual, Zulma Faiad, Gianni Lunadei, Diana Maggi, Jorge Mansilla, Ignacio Quirós, Héctor Segovia, Susana Traverso, Tristán, Juan Carlos Thorry y Víctor Hugo Vieyra.

## VILLA GESELL

**Desde el diván.** La idea es más que adecuada para el mes de febrero en que los psicoanalistas cancelan fobias y neurosis —ajenas, se entiende—, y se dedican a la playa como el común de los mortales. *La señora Klein,* interpretada por Mabel Manzotti y basada en la vida de la psicoanalista Melanie Klein, se sigue presentando en Gesell, los lunes y martes a las 23 en la Casa de la Cultura,

# S.O.L
## SOSTENIDO

ubicada en avenida 3 entre paseos 108 y 109. La pieza de Nicholas Wright originalmente fue estrenada en Londres durante la temporada '88. En Buenos Aires se presentó en 1990 y volvió a escena en estos meses veraniegos en el teatro Lorange, de jueves a sábado a las 22 y domingos y miércoles a las 21. Acompañada por Rita Terranova y Miriam Ortiz, la Manzotti se traslada a Gesell los lunes y martes con la puesta de Víctor García Peralta y el texto rico en situaciones dramáticas y diálogos que le permiten trazar un acertado perfil de la famosa psicoanalista. Una invitación especialmente interesante para analistas con los días contados para volver a las locuras de sus pacientes y para neuróticos graves a punto de retornar al diván.

## MAR DEL PLATA

**Cartas de las buenas.** El premio José María Vilches 1991 correspondió a Betiana Blum y Arturo Bonín por sus respectivos trabajos en *Love letters (Cartas de amor)*, una pieza de A.R. Gurney, presentada aquí en versión de Fernando Masllorens y Federico González del Pino. Con dirección de Oscar Barney Finn, la obra describe la relación entre dos enamorados a través de la correspondencia que ellos han mantenido a lo largo de los años. Las funciones son en el teatro Corrientes II, de martes a domingo en el horario de las 22.

## NECOCHEA

**Anclados en la costa.** En el Teatro de la Peatonal, ubicado en la calle 83, entre 2 y 4, de martes a domingos a las 23 se presenta *Anclado en Madrid*, la obra de Roberto Ibáñez, interpretada por Roberto Carnaghi y Hugo Grosso, con la dirección de Villanueva Cosse. La historia se refiere a Jacinto (Carnaghi), un machista argentino, tanguero y melancólico que suspira por su Buenos Aires querido en Madrid, donde se enamora de Rita, un travesti que trabaja como bailarina. Exiliados en España, transitan desde el drama hasta el humor. Jacinto llegó a aquellas tierras convencido de que allí el tango era el rey y de que el éxito estaba asegurado, Rita fue a parar allí tras afrontar en la Argentina la incomprensión de su familia y de la sociedad. Del encuentro de ambos se nutre la obra del autor de *Falta envido.*



**Betiana Blum ganó junto a Arturo Bonín el premio José María Vilches por "Love letters".**

## ORTODOXO

| | | | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | 2 | 3 | | ■ | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
| 10 | | | ■ | 11 | | | | | | |
| 12 | | | 13 | | ■ | 14 | | | | |
| 15 | | | | | 16 | ■ | 17 | | | |
| ■ | 18 | | | | | 19 | | ■ | 20 | |
| 21 | ■ | | ■ | 22 | | | ■ | 23 | ■ | |
| 24 | 25 | ■ | 26 | | | | 27 | | 28 | ■ |
| 29 | | 30 | | ■ | 31 | | | | | 32 |
| 33 | | | | 34 | ■ | 35 | | | | |
| 36 | | | | | 37 | | ■ | 38 | | |
| 39 | | | | | | ■ | 40 | | | |

**HORIZONTALES**

1. Parte de la armadura que cubre el pecho.
4. Terminas.
10. Argolla.
11. Que produce emoción.
12. Acompañar a un difunto.
14. Lengua hablada por los antiguos romanos.
15. Excesivamente gordos.
17. Por poco.
18. Motivó, produjo.
20. Nieto de Cam.
22. Dueño, señor.
24. Preposición inseparable que indica repetición.
26. Que precede a todos.
29. Verbal.
31. Legal, legítimo.
33. Hito o mojón en los caminos.
35. (Alfredo) Inventor de la dinamita.
36. Que tiene forma aguda (fem.)
38. Nombre de Dios entre los mahometanos.
39. Suave.
40. Mamíferos plantígrados.

**VERTICALES**

1. Ave gallinácea.
2. Infierno.
3. Soporto.
4. Símbolo del americio.
5. Planta crucífera hortense.
6. Agredo.
7. Poste que sirve para asegurar el cable del ancla.
8. Anuncia.
9. Sensación que percibe el oído.
11. Distribuir bienes o caudales.
13. De esta manera.
16. Semejante, parecido.
19. Lista de nombres.
21. Conjunto de cuerpos que componen un ejército.
23. Instrumento para limpiar las semillas (pl.).
25. Instituye, funda.
26. Término señalado para responder o pagar algo.
27. Repetición de un sonido.
28. Obra de Shakespeare.
30. Masa de nieve que se desprende de los montes.
32. Ondas sobre las aguas.
34. Igualdad de nivel.
37. Nota musical.



